

Así, así:

del Sur, Concepción, 27-IV-1984 p.2.

720787

Memorias de una pitecántropa

Dicen que los pololeos de ahora no son como los de antes. No me atrevo a pontificar sobre tan enrarecida materia. Lo único que sí aseguro es que el mío primero fue como paso a señalar. Acaeció en Temuco, la tierra de Neruda. Acababa de celebrar mi decimotercer cumpleaños, y hasta entonces na' ni na'. Junto con mi hermana, ambas morenas de gran belleza, tenía la manía de amistaros con niñas rubias, con el consiguiente desastroso resultado para nuestra vida sentimental. Los quinceañeros de entonces eran miopes. Pues bien, los escasos galanes que se me insinuaban no estaban nada de interesados en luchar contra la mediocridad ambiente, y por los ideales para conducir a la humanidad por derroteros de mayor espiritualidad, así es que rápidamente hacían mutis por el foro. Quizás por la culpa de ingenieros, el caso es que los encontraba a todos indeciblemente roñosos. Lo único que bisbiseaban se refería al básquetbol, cine o radio (vamos recordando que estos grandiosos acontecimientos ocurrieron allá por la época del rey

Perico). Yo era declamadora. Lástima que con lastimosos resultados. Todos se reían a mandíbula batiente como en el circo. Dada, claro, a la insensibilidad del vulgo. O sea que si los moscos no abundaban a mi alrededor era menos por feúcha que por imponderables. Sin embargo, como a nadie le falta Dios hubo un ser de quince años, extraordinario, que a lo largo de doce meses me envió, con un primo, cartitas y recados emocionantes en los que me trataba de usted. Ante su primer intento yo había respondido desdeñosa: "soy muy pequeña aún y quiero tener más experiencia de la vida". Finalmente, dado el asedio, decidí darle "el sí". Como advertí en él una sencillez inadmisible inventé alfabetizarlo. A diario le entregaba una lista de diez palabras tales como archipámpano, irredarguible, fachendoso, morralla, cuchipanda, escorchón, charanguero, trapisondo, etc., con la obligación perentoria de aprendérselas para el día siguiente. Tenía él la costumbre de pasar a verme a las horas más intempestivas, así es que me veía en la obliga-

ción de hacerlo aguardar unas tres o cuatro horas mientras me ponía en onda de pololeo. Como, para mi desgracia, se me ponía la nariz colorada, andaba premunida de una botellita para refrescármela, de cuando en cuando, con unas gotitas de agua. El se hacía como que no veía. Eramos muy libres. En la calle y en el cine andábamos de la mano. Nada más, porque estaba yo convencida que los niños nacían de un beso. La única vez que intentó un ósculo en la mejilla mi hermana creyó defenderme propinándole una sonora bofetada. Era la noche de Navidad. El regalo fue sorpresivo. Al día siguiente, en la Plaza de Armas, mi primer pololo se despidió para siempre expresando que yo era demasiado superior para él.

Tristísima consulté con alguien muy sabio por qué había perdido este amor, a quien quería tanto. Bueno —me dijo lacónico— el amor es como la libertad. Debido a lo hermético de esa respuesta seguí durante muchos años sin entender absolutamente nada.

Norma Sierpe Cáceres

Memorias de una pitecántropa [artículo] Norma Sierpe Cáceres.

Libros y documentos

AUTORÍA

Sierpe Cáceres, Norma

FECHA DE PUBLICACIÓN

1984

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Memorias de una pitecántropa [artículo] Norma Sierpe Cáceres.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)